

EDITORIAL

Gestión de nuestras culturas locales: ¿descentralización o desterritorialización cultural?

Llama la atención que, en pleno siglo XXI, en Chile todavía se siga hablando y trabajando por la descentralización del país. A pesar de los esfuerzos realizados durante décadas, todavía falta bastante que lograr al respecto. Por ello, cabe repensar el problema y analizarlo autocríticamente. De partida, es necesario preguntarse si la solución pasa por la descentralización o desterritorialización del país.

Por de pronto, no cabe duda de que el centralismo santiaguino es uno de los principales problemas del Chile histórico y actual. Se trata de una falla estructural, endémica, instalada desde los albores de la Colonia, que hoy impide que nos insertemos genuinamente en el siglo XXI. Ya con la llegada de Pedro de Valdivia se desterritorializó al Chillimapu y se reterritorializó acorde a la perspectiva eurocéntrica de la época. Consecuentemente, Santiago de la Nueva Extremadura se protegió con muros para controlar la irrupción mapuche, se encerró en sí mismo y forjó una cultura oficial centralizada que predomina hasta hoy en día. Así, en su comienzo la capital se conectó directamente con el Virreinato del Perú y la Corona Española, pero no con el territorio chileno, a menos que se tratara de la extracción de materias primas o de nuevas conquistas territoriales. Desde su origen, Santiago aprendió a mirar más hacia afuera que hacia adentro del país, haciéndole sombra a las provincias de la época. Por ello se llegó a decir que “Santiago es Chile”: los poderes políticos y económicos se concentraron históricamente en la capital.

En ese contexto, los esfuerzos realizados no han dado los frutos esperados, toda vez que el fondo del problema es mental y no meramente geográfico. De allí que primero sea necesario una desterritorialización del país, lo cual implica cambios profundos, desde la conciencia ciudadana y rural hasta las bases y prácticas geopolíticas. La clave surge a partir de lo cultural y lo político; a partir de aquello que articula y marca los pensamientos, sentimientos y construcciones colectivas asociadas a cada territorio. No obstante, para ello es necesario reconocer y asumir la diversidad y riquezas culturales que coexisten en nuestro país, considerando las regiones, provincias y comunas como legítimas otras, igualmente valiosas como culturas propias, con todo el derecho a coexistir y a *poder ser* ellas mismas.

Claro está que reconocer a Chile como un país diverso –por siglos oculto– en realidad no es ninguna novedad. Ya lo advirtió Benjamín Subercaseaux a mitad del siglo pasado, con su libro *Chile o una loca geografía*. También lo hizo Mariano Latorre con *Chile, país de rincones*. Sin embargo, a pesar ello –y de haber transcurrido más de 60 años–, a Santiago le ha costado demasiado tomar consciencia, junto con aprender a reconocer, valorar y respetar a esos “otros Chile”, quedándose atrapado en las viejas estructuras del pasado. Más allá de los discursos y de las falsas promesas, el poder centralizado ha operado como una tenaz fuerza geopolítica, uniformadora, resistente a los cambios, impidiendo la libre expresión y despliegue de los diversos territorios que nos conforman y, por lo tanto, inhibiendo e invisibilizando la riqueza cultural de cada lugar. Con todo, ha quedado en evidencia que el centralismo no es puramente físico, sino mental y político. Y ya no solo se refiere a Santiago respecto a Chile, sino que a cada capital regional respecto a su propia región.

Dicho lo anterior, la tarea sigue pendiente como parte de un desafío mayor que exige superar omisiones, abusos y errores históricos. Ello implica desterritorializar a ese “Chile estereotipado”, que autoritariamente se ha construido desde Santiago, para reterritorializarlo

ahora desde y para cada lugar, localmente, a partir del trabajo y compromiso mancomunado de sus propios habitantes. Implica redescubrir las culturas locales desde sus orígenes, creando las condiciones geopolíticas para que los diferentes territorios puedan ejercer su “originalidad” y desarrollarse como tales, libremente, a lo largo y ancho del país. La solución no consiste en salir de Santiago y llevar paternalistamente “la cultura” a las regiones, provincias y comunas, como suelen proclamarlo algunos políticos y autoridades de turno. Seguir creyendo que la capital es la dueña de “la cultura chilena” resulta totalmente anacrónico, actitud de suyo miope y arrogante, como una clara demostración de que Santiago ignora a Chile, y lo lleva a actuar en forma impertinente y descontextualizada –neocolonizante–, generando nuevas formas de subdesarrollo y dependencias.

Frente a ello, la gestión cultural tiene mucho que pensar, decir y hacer, respetando las diferentes dimensiones de cada territorio: sus ámbitos geográfico, humano, simbólico e identitario. Es ponerse al servicio de la desterritorialización y reterritorialización de lugar en lugar, para dejar aflorar las riquezas culturales más genuinas, identidades y particularidades que nutren el repertorio chileno (ver *Revista MGC #5*, sobre “Territorios e identidades”). Más que mapas físicos, se trata de mapas mentales, humanos, ricos en diversidad, con sus contrastes e historias de vida.

No obstante, esta realidad es bastante más compleja y no solo chilena, pues el planeta completo está mutando: se está reordenando, desterritorializando y reterritorializando –resignificando y revalorizando–, donde los medios de comunicación y transporte, junto a las migraciones, están generando nuevos flujos y reflujos culturales e identitarios (repertorios simbólicos), que complejizan los procesos. Producto de ello, comienza a predominar el multiculturalismo y/o el interculturalismo, las fronteras físicas se siguen haciendo cada día más difusas, así como el antiguo concepto de Estado-Nación está desapareciendo.

En la actualidad cada país tiende a constituirse en un complejo sistema de culturas locales, que coexisten e interactúan entre sí y que, a su vez, se relacionan con otros territorios humanos más allá de sus fronteras físicas. Se trata de una dialéctica permanente con esos legítimos y necesarios “otros”, sin olvidar que la “cultura global” está omnipresente. Y en este contexto, las políticas públicas y culturales deben repensarse, ya no en función de naciones geopolíticamente cerradas, unitarias y homogéneas –subyugadas a un poder central–, sino como territorios abiertos, vitales y complejos, de diversos planos que deben saber convivir, reconocerse, respetarse y dialogar. Se trata de polos geohumanos cuya mayor riqueza está en la diversidad y libertad para poder ejercer, cada cual, su propio *ethos* local-global, junto con interactuar sinérgicamente con los demás. Y todo esto ya no realizado dentro de la antigua lógica vertical de las dependencias, sino dentro de una nueva y estimulante lógica horizontal de las interdependencias, aquella que comienza a caracterizar y a predominar en el siglo XXI. ■